

desde Monza, conjeturando que debía estar muy cerca de la ciudad, salió del camino real para buscar en el campo algun cortijo ó caserío en que pasar la noche, pues ya no queria nada con hosterías. Encontró más de lo que buscaba. Vió abierta la entrada de un seto que cercaba una casería, y habiendo entrado, advirtió que la casa estaba sin gente.

En un rincon de un gran pórtico habia mucho heno amontonado y una escalera de manos. Miró várias veces alrededor,



Miró várias veces y se aventuró á subir.

y observando que nadie se presentaba, se aventuró á subir por la escalera al heno, sobre el cual, resuelto á pasar allí la noche, se quedó dormido para no despertarse hasta el alba. Al amanecer se acercó á gatas á la orilla de aquella gran cama, echó la cabeza fuera, y no viendo tampoco persona alguna, bajó por donde habia subido, se metió por caminos excusados, tomando por norte la catedral, y despues de una brevisima caminita, vino á desembocar debajo de las murallas de Milan, entre la Puerta Oriental y la Puerta Nueva, muy próximo á esta.

## CAPÍTULO XXXIV

Acerca del modo de entrar en la ciudad, Lorenzo habia oido decir, así en confuso, que habia una órden rigurosísima : que á nadie era permitida la entrada sin boleta de sanidad; pero que con todo entraba fácilmente el que sabia ayudarse algun poco, y aprovechar la ocasion oportuna. Esto era cierto, y aún dejando aparte las causas generales que contribuian á que en aquel tiempo toda órden fuese poco obedecida, y sin contar las particularidades que dificultaban la rigurosa ejecucion de esta, era tal el estado de Milan, que era difícil no ver que no habia para qué guardarlas ni de quién, y que cualquiera que se aventurase á penetrar en la ciudad podia parecer más bien poco cuidadoso de su salud, que perjudicial á la de los habitantes.

Con estas noticias, el proyecto de Lorenzo era de intentar la entrada por la primera puerta á que llegase, y encontrando allí alguna dificultad, dar vuelta por afuera hasta dar con otra puerta por donde consiguiese introducirse, á sabe Dios cuántas puertas se figuraba que tendria Milan.

Llegado, pues, á vista de la muralla, se paró allí un poco, mirando en derredor, á manera del que no sabiendo adónde le convenga mejor dirigirse, parece que aguarda y pide á cualquier incidente algun indicio. Pero ni á su derecha ni á su izquierda veía otra cosa sino dos trozos de una calle torcida; al frente una parte de la muralla, y por ningun lado señal de alma viviente, sino que sólo en lo alto de un terraplen veía elevarse una densa columna de humo oscuro y craso, que saliendo se extendia formando grandes globos, y se disipaba luégo por el aire, pardo y tranquilo. Eran camas, ropas y utensilios infectos que estaban quemando; y de estas hogueras habia muchas, no sólo allí, sino en otras partes de la muralla.

El tiempo estaba cerrado, el aire grueso, y el cielo cubierto de una niebla igual y espesa que parecía negar el sol, sin prometer la lluvia. La campiña alrededor parte inculta, toda árida; la verdura descolorida, y ni siquiera una gota de rocío sobre las hojas lacias y caídas. Además aquella soledad y aquel silencio tan cerca de una inmensa masa de habitantes, añadían un nuevo motivo de consternación á las inquietudes de Lorenzo y contribuían á que fuesen más téticos sus pensamientos.

Después de haber permanecido algunos instantes en este estado de incertidumbre, tomó á la derecha á la ventura hácia la Puerta Nueva, que, aunque inmediata, no podía descubrirla á causa de un baluarte que la ocultaba. Á los pocos pasos principió á llegar á sus oídos un retintín de campanillas que por intervalos cesaba, y volvía á empezar, y luego alguna voz humana. Caminó adelante, y al volver el ángulo del baluarte, la primera cosa que se le presentó en la explanada delante de la puerta, fué una casucha de madera, y á la puerta un centinela, apoyado en el mosquete con aire de cansancio y descuido. Tenía á la espalda una estacada con una gran puerta, esto es, dos pilastras que sostenían un tejadillo para preservar del agua la puerta de madera, que estaba de par en par abierta, igualmente que el postigo. Pero á la sazón delante de la puerta se hallaba justamente un triste impedimento, á saber, una parihuela en el suelo, en la cual dos sepultureros colocaban á un pobre para llevarsele, y era el principal de los guardas, á quien había acometido poco antes la peste. Paróse Lorenzo en donde estaba, aguardando el fin de esta ceremonia. Acabada con la salida del cadáver, y no pareciendo nadie á cerrar el postigo, le pareció tiempo de hacer su ensayo. Dirigióse apresuradamente á él; pero el centinela con un mal gesto le dijo: « ¡ Eh! » Paróse Lorenzo en dos piés, y haciéndole del ojo, sacó una moneda, enseñándosela al descuido. El centinela, bien fuese por haber tenido ya la peste, ó bien porque tuviese más cariño á la plata que miedo al contagio, le hizo seña de que se la echase, y

viéndola caer á sus piés, dijo entre dientes: « Ea, pasa aprisa. » No aguardó Lorenzo á que se lo dijese dos veces; pasó la estacada, pasó la puerta, y marchó adelante sin que nadie lo advirtiese, ó hiciese caso de él; pero apenas había andado unos cuarenta pasos, cuando oyó detrás otro grito de un guarda. Á éste hizo que no oía, y en lugar de volverse, aceleró el paso: « ¡ Eh! » gritó de nuevo el guarda con una voz que indicaba más bien coraje que gana de hacerse obedecer, y viendo que el otro no hacía caso, se encogió de hombros, y volvió á su covacha, como hombre que tenía más interés en no acercarse demasiado á los pasajeros, que en preguntarles quiénes eran.

La calle, entrando por aquella puerta, corría entonces, como ahora, derecha hasta el canal llamado el *Naviglio*, y sus orillas las formaban cercas de huertas, iglesias, conventos y pocas casas. Al remate de ella, y en medio de la que costea el canal, había una cruz llamada de San Eusebio, y por más que Lorenzo miraba adelante, no veía sino aquella cruz. Llegado á la encrucijada que cae casi en el medio de la calle y echando la vista á derecha é izquierda, vió á la derecha, en la gran calle que se llama de Santa Teresa, á un habitante que venía hácia él.

« ¡ Gracias á Dios! dijo para sí, que aquí viene un cristiano; » y entró inmediatamente en aquella calle con ánimo de tomar lengua del hombre que se aproximaba. Este también miraba de lejos como espantado al forastero, tanto más, cuanto advirtió que en vez de ir á sus negocios se le iba acercando. Cuando Lorenzo se halló á poca distancia, se quitó su sombrero, como serrano de buena crianza, y se dirigió más directamente al desconocido, el cual entonces, poniendo los ojos en blanco, dió un paso atrás, levantó un gran palo con punta de hierro que tenía en la mano, y poniéndoselo al pecho á Lorenzo empezó á gritar:

— ¡ Fuera! ¡ fuera! ¡ á un lado!

— ¡ Hola! ¿ qué es esto? — gritó también Lorenzo, apartándose al mismo tiempo y no teniendo de ningún modo

gana, como decia luégo al contar el lance, de entrar en disputas en aquel momento; volvió la espalda al descortes, siguió su camino, ó por mejor decir, la calle en donde estaba.

El suyo siguió tambien el hombre del palo, como furibundo y mirando atras con frecuencia, y llegado á su casa, contó cómo se le habia acercado un « untador » con modales de hipócrita cortesía, la cara de impostor y su botecito de unto, ó el cucurucho de los polvos, que en esto no estaba bien cierto, y que sin duda le hubiera hecho el tiro, á no haberle sabido apartar.

— Si llega á acercarse más aquel pícaro, — añadió, — le ensarto ántes que me tocase el bulto. La desgracia fué que estábamos en un paraje muy solitario; que si nos hubiésemos hallado en medio de Milan, llamo gente, y hago que se le echen encima; y no me queda duda de que se le hubiera hallado el infame tósigo en el sombrero; pero como allí estábamos solos, no hice poco en librarme sin buscar tres piés al gato, porque últimamente, unos pocos polvos se echan presto, y esos malvados tienen mucha habilidad, y ademas que el demonio los ayuda. Ya estará andando por Milan, y Dios sabe el destrozo que estará haciendo.

Este hombre miéntras vivió, que fueron muchos años, siempre que se hablaba de « untadores », repetía su caso y añadía: « Los que todavía sostienen que no es cierto no vendrán á decírmelo á mí; porque las cosas para hablar de ellas es necesario haberlas visto como yo. »

Léjos Lorenzo de figurarse el riesgo de que se habia escapado, y movido más de indignacion que de miedo, discurría en el camino acerca de aquella acogida, y suponía poco más ó ménos el concepto que aquel hombre habria formado de su persona; pero la cosa le parecia tan fuera de razon, que se persuadió de que aquél no podia ménos de ser un loco. « Sin embargo, decia para sí, la empresa empieza mal, muy mal: parece que hay una estrella fatal para mí en este Milan. Al entrar todo va perfectamente; pero así que estoy dentro,

se amontonan los contratiempos uno tras otro. Basta... Con la ayuda de Dios... Si encuentro... si llevo á encontrar... todo lo daré por bien empleado. »

Llegado al puente, torció sin titubear á la izquierda por la calle llamada de San Márcos, pareciéndole que aquella debia conducir á lo interior de la ciudad; y prosiguiendo su camino volvía los ojos á todas partes, para ver si encontraba alguna alma viviente; pero sólo vió un cádaver desfigurado en el angosto foso que corre por algun trecho entre la calle y unas pocas casas, que entónces eran ménos. Pasado aquel trecho, oyó ciertas voces que al parecer le llamaban, y levantando los ojos hácia la parte de donde venian, vió á corta distancia, en un balcon de una casucha aislada, á una pobre mujer rodeada de unos cuantos niños, la cual, llamándole todavía, le hacia señas de que se acercase. Acudió Lorenzo al momento, y estando ya cerca:

— Jóven honrado, — le dijo la mujer, — ¿querrá usted hacernos la caridad, ¡asi le ayude Dios! de avisar al Comisario de que hoy se han olvidado de nosotros? Nos han encerrado aquí como sospechosos, porque mi pobre marido ha muerto: han clavado la puerta, como usted ve, y desde ayer mañana ninguno ha venido á traerme de comer. Hasta ahora no ha pasado una alma que me haga esta caridad, y estos pobres inocentes se están muriendo de hambre.

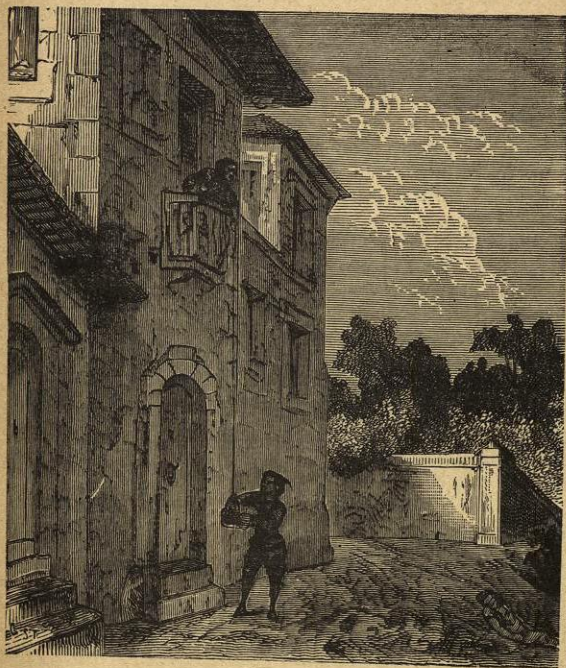
¡De hambre! — exclamó Lorenzo, y echando mano á los bolsillos, sacó los dos panes diciendo: — Eche usted alguna cuerda para subirlos.

— Dios se lo pague: aguarde usted un momento, — dijo la mujer.

Y fué á buscar un canastillo y una cuerdecilla, como lo hizo. Acordóse entónces Lorenzo de los panes que encontró cerca de la cruz de San Dionisio, y decia para sí: « Esta es una restitucion, y quizá mejor que si yo hubiera hallado su propio dueño, porque esta es ademas una obra de misericordia. »

— En cuanto á lo que usted me dice, buena mujer, acerca

del Comisario, — prosiguió Lorenzo, — siento no poder servir á usted, porque soy forastero y no tengo conocimiento alguno de este país; pero como encuentre algun hombre



¡ De hambre ! — exclamó Lorenzo, y echando mano á los bolsillos.

humano y bastante accesible para poderle hablar, se lo diré sin falta alguna.

Suplicóle la mujer que no dejase de hacerlo, y le dijo el nombre de la calle para que supiese indicarlo.

— Tambien usted — repuso Lorenzo — puede hacerme una caridad, sin que le sirva de molestia. ¿Sabrá usted darme razon de unos señores de Milan, la casa de \*\*\*?

— Yo bien sé — contestó la mujer — que hay estos señores en Milan; pero no sé la calle : siguiendo por allí, no

dejará usted de encontrar quién le dé noticias : cuidado no se olvide de nosotros.

— No tenga usted miedo, — dijo Lorenzo, y prosiguió su camino.

A cada paso oia aumentarse y acercarse un ruido que ya empezó á notar cuando estaba parado hablando con la mujer, ruido de ruedas, caballos y campanillas, y de cuando en cuando chasquidos de látigo y muchas voces.

Miraba adelante sin divisar cosa alguna, hasta que llegado al fin de aquella torcida calle, al desembocar en la plaza de San Márcos, la primera cosa que se presentó á su vista fueron dos vigas levantadas horizontalmente con unas cuantas garuchas colgando de ellas, y no tardó en conocer que era (cosa muy comun en aquel tiempo) el abominable tormento. Esta máquina de diabólica invencion, no sólo estaba puesta en aquel paraje, sino en todas las plazas y calles más espaciosas, para que los diputados de cada cuartel de la ciudad, autorizados ampliamente con las facultades más arbitrarias, pudiesen mandar aplicar á ella cualquiera que juzgasen merecer semejante castigo, con especialidad encerrados que quebrantasen la reclusion ó dependientes que faltasen á su deber. Era este uno de aquellos remedios excesivos é ineficaces que en aquel tiempo, y particularmente en circunstancias como aquellas, se empleaban con tanta profusion como abuso

Mientras estaba Lorenzo mirando aquel instrumento y oyendo acercarse aquel ruido, ve asomar por la esquina de la iglesia á un hombre tocando una campanilla, y detras dos caballos que alargando el cuello é hincando las patas, venian arrastrando fatigosamente un carro de muertos, al cual seguian otros tres, yendo al lado de los caballos varios monatos que los arreaban á latigazos, golpes y votos. Estaban los cadáveres la mayor parte en carnes, algunos mal envueltos en asquerosas sábanas, y todos amontonados y envueltos á manera de un grupo de culebras que lentamente se desarrollan al suave calor de la primavera. Á cada tropiezo, á cada

sacudimiento del carro, temblaban aquellas inanimadas masas, desarreglándose descompuestamente, y se veían cabezas quedar colgando, soltarse virginales cabelleras, y brazos pendientes ir golpeando sobre las ruedas, indicando á la vista, ya horrorizada, hasta qué punto podia aumentarse la repugnancia y fealdad de semejante espectáculo.

Entretanto, parado el jóven en aquel ángulo de la plaza, al lado de la barrera del canal, rezaba por aquellos muertos desconocidos, cuando de repente le ocurre un pensamiento terrible... « Si allí... si entre esos... ¡Ay Dios! no lo permitáis: borrad, Señor, de mi imaginacion semejante idea. »

En cuanto desapareció el fúnebre tren, echó á andar Lorenzo y atravesó la plaza, tomando la calle de la izquierda á la orilla del canal, sin otro motivo para elegirla que el haber tomado los carros el lado opuesto. Á los cuatro pasos tomó á la derecha el puente Marcelino, y por aquella tortuosa angostura fué á dar á la calle de Borgonovo; y mirando delante siempre con el objeto de hallar alguno de quien tomar lenguas, vió al otro extremo de la calle á un sacerdote en balandran, que con un baston en la mano estaba de pié arrimado á una puerta entornada, con la cabeza baja y el oído aplicado á la rendija, y poco despues le vió levantar la mano y dar la bendicion. Conjeturó que acababa de confesar á alguno, como en efecto era así, y dijo en su interior: « Este es mi hombre. Si un cura en sus funciones no tiene un poco de caridad y de buen modo, será menester decir que ya nada de eso queda en este mundo. »

El cura, entretanto, habiéndose separado de aquella puerta, venía hácia Lorenzo, caminando con mucha precaucion por el medio de la calle. Así que Lorenzo estuvo á cuatro ó cinco pasos de distancia, se quitó su sombrero, le indicó que deseaba hablarle, parándose al mismo tiempo en ademán de darle á entender que no trataba de acercársele indiscretamente. Paróse el sacerdote igualmente como para oír, plantando, sin embargo, su baston en el suelo delante de sí, para que en cierto modo le sirviese de baluarte. Hizo Lorenzo su

pregunta, á la cual satisfizo el cura no sólo nombrándole la calle donde estaba la casa por la cual preguntaba, sino que tambien, viendo que el pobre necesitaba de itinerario, se lo trazó con bastante claridad, indicándole, á fuerza de derechas é izquierdas, de iglesias y de cruces, las otras seis ú ocho calles que le faltaban para llegar á la que buscaba.

— Dios le conserve á usted la salud en estos tiempos, y siempre, — dijo Lorenzo.

Y ántes que el sacerdote se ausentase, le pidió otro acto de caridad en favor de la infeliz mujer olvidada en su casa. Dióle las gracias el caritativo eclesiástico, por haberle ofrecido la ocasion de proporcionar tan necesario auxilio á una desgraciada familia, y diciendo que iba inmediatamente á avisar á quien correspondia, prosiguió su camino.

Lorenzo tambien echó á andar despues de hacerle una reverencia, y en el camino iba repitiendo en su mente el itinerario para tener que preguntar lo ménos que fuese posible; pero no es fácil figurarse cuán penosa era para él semejante operacion, no tanto por ser complicada, cuanto por una nueva agitacion que sobrevino en su ánimo. Conmoviéronle el nombre de la calle y las señas, sin embargo de que no sólo era la noticia que tanto deseaba, y sin la cual eran inútiles todas sus diligencias, sino que tampoco se le dijo cosa que fuese de mal agüero, ni que pudiese hacerle sospechar alguna desgracia: ¿pero qué? la idea algo más distinta de un término inmediato en que iba á salir de una gran duda, y en que oiria decir: « Vive, ó ha muerto, » le acometió con tanta fuerza, que en aquel momento hubiera preferido estar á oscuras de todo, y aún al principio de su viaje, próximo á concluirse; no obstante, cobró ánimo, diciendo entre sí: « ¿Qué es esto? si ahora empezamos á hacer niñerías, ¿qué será en adelante? » Animado, pues, algun tanto, siguió su camino internándose en la ciudad.

¡Qué ciudad! pero ¿á qué traer á la memoria ahora lo que era el año anterior, cuando el hambre?

Tenía justamente que pasar Lorenzo por el paraje de más

afliccion, por el estrago de la enfermedad, esto es, por la encrucijada llamada el *Carrobio* de puerta Nueva, donde entónces habia una cruz en la extremidad de la calle, y frente de ella, al lado del sitio en que se halla ahora San Francisco de Paula, una iglesia antigua con la denominacion de Santa Anastasia. Tal destrozo habia hecho en aquel punto la furia del contagio y la infeccion de los cadáveres, que los pocos habitantes que habian sobrevivido se vieron obligados á ausentarse; por manera que al paso que heria la vista del pasajero aquel aspecto de soledad y abandono, excitaban en su ánimo mil diferentes afectos las señales y las reliquias del pasado desastre. Apresuró Lorenzo el paso, consolándose con la idea de que no debia estar tan inmediato el paraje á que se dirigia, y con la esperanza de que ántes de llegar á él, encontraria cambiada á lo ménos en parte la escena. En efecto, á los pocos pasos llegó á un punto que podia llamarse ciudad de vivientes; pero tambien, ¡qué ciudad! ¡y qué vivientes!

Cerradas por sospecha ó por temor todas las puertas, á excepcion de las que, por deshabitadas ó por invasion, estaban de par en par abiertas, otras clavadas y selladas por fuera por haber en la casa gente enferma ó muerta de la peste, otras marcadas con cruces, hechas con carbon, para indicar á los sepultureros que habia muertos que recoger, y todo allí más expuesto á la ventura que en otra parte, segun el humor del comisario de Sanidad, ú otro dependiente que, encontrándose allí, quisiese ejecutar las órdenes, ó cometer vejaciones. Tropezábase por todas partes con vendas purulentas, paja apestando, sábanas y andrajos asquerosos, no pocas veces con cadáveres de personas muertas repentinamente en la calle, ó dejados en ella para que los recogiera un carro, ó caidos de los carros mismos, ó arrojados por las ventanas. ¡Tal era el estado de embrutecimiento á que habia reducido los ánimos la perversidad é insistencia del contagio, extinguendo en ellos todo estímulo de compasion y de respeto social! Cesado todo estrépito de talleres, todo ruido de coches,

todo pregon de vendedores, todo murmullo de gente, rara vez sucedia que interrumpiese aquel mortal silencio otra cosa sino el rechinar de los carros fúnebres, las quejas de los mendigos, los lamentos de los enfermos, los gritos de los frenéticos y las voces de los sepultureros. Al amanecer, al mediodia y al anochecer, daba una campana de la catedral el aviso para rezar ciertas oraciones dispuestas por el Arzobispo: respondian á aquella señal las campanas de las demas iglesias, y entónces era de ver asomarse las gentes á las ventanas y rezar en comun, y era de oír un susurro de voces y gemidos que, al paso que infundian tristeza, no dejaban de causar algun consuelo.

Muertas en aquella hora quizá las dos terceras partes de los vecinos, fugados, ó padeciendo una gran parte de los restantes, reducido á nada el concurso de afuera, de los pocos que andaban por las calles apénas se encontraba uno en quien no se manifestase algo de extraño, lo suficiente para indicar una funesta mudanza. Veíanse las personas más calificadas sin capa, parte esencialísima entónces de todo traje decente, sin sotana los eclesiásticos, sin hábito los frailes, en una palabra, desterrada toda forma de vestido que, extendiéndose con el aire, pudiese tocar alguna cosa, ó facilitar (que era lo que más se temia) su oficio á los *untadores*. Fuera de este cuidado de llevar la ropa muy ceñida al cuerpo, todos iban desaliñados y descompuestos, con las barbas muy largas los que las llevaban de ordinario, ó crecidísimas los que solian afeitarse, como tambien largo y desgreñado el cabello, no sólo por aquel abandono que dimanaba de un continuado abatimiento, sino tambien porque se tenian por sospechosos los barberos, sobre todo desde que fué preso y condenado á muerte como *untador famoso* uno de ellos llamado Juan Jacobo Mora, nombre que conservó por largo tiempo gran celebridad de infamia, siendo así que la mereceria mucho mayor y más justa de lástima. Casi todos llevaban en la mano un palo, y algunos una pistola, como para amenazar á cualquiera que quisiese acercarse demasiado, y en la otra pas-